



PRUEBA DE EVALUACIÓN – MÓDULO 6

NOMBRE _____	CLASE _____	Nº _____
FECHA _____	CALIFICACIÓN _____	
LA PROFE _____	ENC. ED. _____	

I. COMPRENSIÓN ESCRITA

ESPANTOS DE AGOSTO

Llegamos a Arezzo un poco antes del mediodía, y perdimos más de dos horas buscando el castillo renacentista que el escritor venezolano Miguel Otero Silva había comprado en aquel recodo idílico de la campiña toscana. Era un domingo de principios de agosto, ardiente y bullicioso, y no era fácil encontrar a alguien que supiera algo en las calles abarrotadas de turistas. Al cabo de muchas tentativas inútiles volvimos al automóvil, abandonamos la ciudad por un sendero de cipreses sin indicaciones viales, y una vieja pastora de gansos nos indicó con precisión dónde estaba el castillo. Antes de despedirse nos preguntó si pensábamos dormir allí, y le contestamos, como lo teníamos previsto, que sólo íbamos a almorzar.

— Menos mal — dijo ella— porque en esa casa espantan.

Mi esposa y yo, que no creemos en aparecidos del medio día, nos burlamos de su credulidad. Pero nuestros dos hijos, de nueve y siete años, se pusieron dichosos de conocer un fantasma de cuerpo presente. Miguel Otero Silva, que además de buen escritor era un anfitrión espléndido y un comedor refinado, nos esperaba con un almuerzo de nunca olvidar. Como se nos había hecho tarde no tuvimos tiempo de conocer el interior del castillo antes de sentarnos a la mesa, pero su aspecto desde fuera no tenía nada de pavoroso, y cualquier inquietud se disipaba con la visión completa de la ciudad desde la terraza florida donde estábamos almorzando. Era difícil creer que en aquella colina de casas encaramadas, donde apenas cabían noventa mil personas, hubieran nacido tantos hombres de genio perdurable. Sin embargo, Miguel Otero Silva nos dijo con su humor caribe que ninguno de tantos era el más insigne de Arezzo.



— El más grande — sentenció —fue Ludovico.

Así, sin apellidos: Ludovico, el gran señor de las artes y de la guerra, que había construido aquel castillo de su desgracia, y de quién Miguel nos habló durante todo el almuerzo. Nos habló de su poder inmenso, de su amor contrariado y de su muerte. Nos contó cómo fue que en un instante de locura del corazón había apuñalado a su dama en el lecho donde acababan de amarse, y luego azuzó contra sí mismo a sus feroces perros de guerra que lo despedazaron a dentelladas. Nos aseguró, muy en serio, que a partir de la media noche el espectro de Ludovico deambulaba por la casa en tinieblas tratando de conseguir el sosiego en su purgatorio de amor.

El castillo, en realidad, era inmenso y sombrío. Pero a pleno día, con el estómago lleno y el corazón contento, el relato de Miguel no podía parecer sino una broma como tantas otras suyas para entretener a sus invitados. Los ochenta y dos cuartos que recorrimos sin asombro después de la siesta, habían padecido toda clase de mudanza de sus dueños sucesivos. Miguel había restaurado por completo la planta baja y se había hecho construir un dormitorio moderno con suelos de mármol e instalaciones para sauna y cultura física, y la terraza de flores intensas donde habíamos almorzado. La segunda planta, que había sido la más usada en el curso de los siglos, era una sucesión de cuartos sin ningún carácter, con muebles de diferentes épocas abandonados a su suerte. Pero en la última se conservaba una habitación intacta por donde el tiempo se había olvidado de pasar. Era el dormitorio de Ludovico.

Fue un instante mágico. Allí estaba la cama de cortinas bordadas con hilos de oro, y el sobre cama de prodigios de pasamanería todavía acartonado por la sangre seca de la amante sacrificada. Estaba la chimenea con las cenizas heladas y el último leño convertido en piedra, el armario con sus armas bien cebadas, y el retrato de óleo del caballero pensativo en un marco de oro, pintado por alguno de los maestros florentinos que no tuvieron la fortuna de sobrevivir a su tiempo. Sin embargo, lo que más me impresionó fue el olor de fresas recientes que permanecía estancado sin explicación posible en el ámbito del dormitorio.

Los días del verano eran largos y parsimoniosos en la Toscana, y el horizonte se mantiene en su sitio hasta las nueve de la noche. Cuando terminamos de conocer el castillo eran más de las cinco, pero Miguel insistió en llevarnos a ver los frescos de Piero de la Francesca en la Iglesia de San Francisco, luego nos tomamos un café



bienconversado bajo las pérgolas de la plaza, y cuando regresamos para recoger lasmaletas encontramos la cena servida. De modo que nos quedamos a cenar.

Mientras lo hacíamos, bajo un cielo malva con una sola estrella, los niños prendieronunas antorchas en la cocina, y se fueron a explorar las tinieblas en los pisos altos. Desdela mesa oíamos sus galopes de caballos cerreros por las escaleras, los lamentos de laspuertas, los gritos felices llamando a Ludovico en los cuartos tenebrosos. Fue a ellos aquienes se les ocurrió la mala idea de quedarnos a dormir. Miguel Otero Silva los apoyóencantado, y nosotros no tuvimos el valor civil de decirles que no.Al contrario de lo que yo temía, dormimos muy bien, mi esposa y yo en un dormitorio dela planta baja y mis hijos en el cuarto contiguo. Ambos habían sido modernizados y notenían nada de tenebrosos. Mientras trataba de conseguir el sueño conté los doce toquesinsomnes del reloj de péndulo de la sala, y me acordé de la advertencia pavorosa de lapastora de gansos. Pero estábamos tan cansados que nos dormimos muy pronto, en un sueño denso y continuo, y desperté después de las siete con un sol espléndido entre lasenredaderas de la ventana. A mi lado, mi esposa navegaba en el mar apacible de losinocentes. «Qué tontería — me dije—, que alguien siga creyendo en fantasmas por estostiempos». Sólo entonces me estremeció el olor de fresas recién cortadas, y vi lachimenea con las cenizas frías y el último leño convertido en piedra, y el retrato delcaballero triste que nos miraba desde tres siglos antes en el marco de oro. Pues noestábamos en la alcoba de la planta baja donde nos habíamos acostado la nocheanterior, sino en el dormitorio de Ludovico, bajo la cornisa y las cortinas polvorientas y las sábanas empapadas de sangre todavía caliente de su cama maldita.

Octubre 1980.

(Gabriel García Márquez, "Doce Cuentos Peregrinos")

1- Lee el cuento y di si las siguientes afirmaciones son verdaderas o falsas:

- a) Ese verano había muy pocos turistas en la Toscana debido a la ola de calor que la azotaba. _____
- b) Cuando salieron de la ciudad se adentraron en un pequeño pueblo que los condujo al lugar que buscaban. _____
- c) La intención de los visitantes era la de pernoctar en el castillo. _____
- d) El castillo asustaba de sólo verlo. _____
- e) A Miguel Otero le gustaba mucho comer bien. _____
- f) La ciudad era famosa por la cantidad de personajes ilustres que salieron de ella. _____
- g) Miguel Otero les aseguró que todo eran habladurías, que no habían fantasmas en el castillo. _____
- h) Ludovico mató a su mujer y después se suicidó. _____
- i) En la Toscana los veranos son largos, lentos y oscurece muy tarde. _____
- j) Como había anochecido, los padres decidieron pasar la noche en el castillo. _____
- l) Los invitados, cuando se despertaron, se dieron cuenta de que se habían equivocado de dormitorio. _____

2. Relaciona cada palabra con su sinónimo o definición.

1. Espantar -----	a. Andar, caminar sin dirección determinada
2. Encaramado/a -----	b. Lugar apartado de la vista en un camino
3. Deambular -----	c. Cosa especial, excelente y poco común
4. Recodo -----	d. Que no puede dormir
5. Prodigio -----	e. Tejido para adornar cortinas, colchas, etc.
6. Insomne _____	f. Subido, situado en un lugar de difícil acceso
7. Pasamanería _____	g. Dar miedo, asustar

3. Relaciona las dos columnas.

1. Kayak _____	a) Es un deporte que se puede practicar en aguas bravas o aguas tranquilas.
2. Slalom _____	b) es una embarcación propulsada por una pala de dos hojas.
3. Canoa _____	c) Es una modalidad del piragüismo que tiene por objeto franquear un número determinado de puertas en el menor tiempo posible. Sus trayectos se señalan sobre aguas bravas.
4. Piragüismo _____	d) Es una embarcación propulsada por una pala de una sola hoja.

II. CONOCIMIENTO EXPLÍCITO DE LA LENGUA

1. Completa las frases, conjugando los verbos en presente de subjuntivo.

- Es poco probable que _____ (llover) en la Toscana.
- Puede que el autor y su esposa no _____ (ellos, querer) volver a ese castillo.
- Quizás ellos _____ (tener) razón.
- Es posible que _____ (existir) fantasmas en el castillo.

2. Conjuga los verbos en Pretérito indefinido.

- El padre _____ (decidir) pasar la noche en el castillo.
- Cuando _____ (él, salir) de la ciudad se adentró en un pequeño pueblo.
- _____ (yo, abandonar) la ciudad por un sendero de cipreses.
- _____ (nosotros, ver) la chimenea con las cenizas frías y el último leño convertido en piedra.

